

blante de las criadas, las sospechas del rey, por lo que mandó á sus guardias rodear el palacio; y registrado todo su interior se halló en uno de los salones á la infiel Chalchiunenetl divertida con sus tres amantes.

Conducidos á la cárcel se formó la averiguacion por el Supremo Consejo de justicia y fué descubierto un grandísimo número de cómplices entre los criados, varios artífices para la construccion de aquellas estátuas y los asesinos que sacrificaban las víctimas: el consejo pronunció su fallo mandando quitar la vida á los culpables, de lo cual se dió informe á los reyes aliados; y para la ejecucion de la sentencia se previno concurrieran los padres de familia de todos los estados acompañados de sus hijas y en presencia de este numeroso concurso fué ahorcada la princesa con sus tres cómplices principales y sus cadáveres quemados en una misma hoguera con todas las estátuas de las víctimas. El resto de los cómplices sufrió tambien el terrible castigo de la muerte, y para sepultar sus cadáveres se abrió una fosa cerca del templo dedicado á la deidad vengadora del adulterio.

Mientras esto pasaba en Tezcoco, el rey de México se ocupaba de engrandecer mas su poder y dar mayor esplendor á su corona; se proponia edificar en honor del Dios protector de la nacion, un templo que escediera en magnificencia á todos los edificios de su clase, con cuyo fin preparó los materiales que habia creído necesarios; pero apenas dió principio á su obra cuando llegó la muerte á suspender la ejecucion.

El señor de Iztapalocan agraviado con Tizoc maquinó quitarle la vida, descubriendo su criminal intento á Maxtlaton señor feudatario de Tachco: ambos concertaron el modo dando al rey un veneno preparado en algun brebaje; y aunque no se sabe cuando se lo dieron, pero un dia que el rey entraba á su palacio de vuelta del templo le acometió un vómito de sangre y cayó muerto.

Algunos historiadores dicen haber quedado ignorado el autor de este crimen; pero Torquemada y Clavijero aseguran haber sido unas mugeres que pasaban en el vulgo por hechiceras, á quienes dándoseles tormento revelaron la culpabilidad de Techotlala y Maxtla, que fueron ahorcados públicamente en la plaza de Tenochtitlan en presencia de los reyes aliados y la nobleza mexicana. Tizoc reinó cinco años y murió en el de mil cuatrocientos ochenta y dos de la era vulgar. (2)

## CAPITULO XXXV.

### *Coronacion de Ahuizotl; y dedicacion del templo mayor de México,*

A la muerte de Tizoc, el senado mexicano procedió á la eleccion de rey, que segun la práctica introducida, ésta recaia en alguno de los hermanos del soberano difunto y que al mismo tiempo hubiera desempeñado el cargo de generalde los ejércitos, para que al mismo tiempo que el nuevo monarca, fuera de la casa reinante, estuviera experimentado en el difícil arte de la guerra, donde en el mando de las tropas aprendiera el modo de gobernar á los pueblos, y atendidas estas razones, se nombró para que ocupara el trono, al general Ahuizotl hermano de los dos reyes anteriores

Con bastante actividad se dedicó el nuevo soberano á continuar la obra que habia iniciado su antecesor, del famoso templo mayor. Suntuoso monumento que prueba los

(2) Torquemada lib. 2º cap. 60, 61 y 62. Acosta lib. 7º cap. 17. Clavijero tom. Iº pags. 182, 183 y 184. Editor de Beytia apéndice cap. 6º y 7º

grandes esfuerzos de que era capaz aquel pueblo; pero que fué teatro de horrorosas escenas, que tambien prueban demasiado, la degradacion á que llega el espíritu humano siempre que no esté vivificado por esa ley suavemente civilizadora, que planteó el Hombre Dios y que por casi diez y nueve siglos ha mantenido la Iglesia católica, para dicha de la humanidad.

Todos los pueblos proporcionaron un crecido número de operarios, que trabajaban con asombrosa actividad, y á pésar de esto, dilató su construccion cuatro años. Al cabo de ellos, en el de 1486 marcado con el geroglífico de siete conejos, concluyó esta obra, cuya descripcion ponemos en seguida, segun la trae el Sr. Ortega, en su apéndice con que completó los manuscritos del Lic. Veytia.

«Ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia con otros templos y edificios anexos todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor, y parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que lo rodeaba formaba un cuadro, y era tan grande, que dentro de su recinto cabia, segun Cortes, un pueblo de quinientos hogares, y el conquistador anónimo asegura que lo que contenia parecia una ciudad. Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenia ocho piés de alto, estaba coronado de unos meelones ó almenas en forma de caracol, y adornado de muchas figuras de piedra, á modo de serpientes, por lo que le dieron el nombre de coatepantli ó muralla de serpientes.»

«Tenia cuatro puertas que miraban á los cuatro vientos cardinales. En la del lado del Oriente empezaba un ancho camino que conducia á la laguna de Tezcoco, y las otras tres á las tres principales calles de la ciudad, que eran las mas largas y rectas, y de las cuales eran una continuacion las tres calzadas de la laguna por donde se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac (hoy Guadalupe). Sobre las cuatro puertas habia otras tantas

armerías, abundantemente provistas de todo género de armas ofensivas y defensivas, á donde en caso de necesidad acudian á armarse las tropas.»

«El patio ó atrio inferior que estaba dentro del recinto del muro estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que no podian dar un paso allí los caballos de los españoles sin resbalar y caer.»

«En medio del atrio se elevaba un vasto edificio, sobre cuya figura no están enteramente de acuerdo los historiadores, porque Sahagun dice que era un cuadro perfecto, y el conquistador anónimo lo representa cuadrilongo, y es probable que así fuese, pues esta era la figura que tenian los templos de Teotihuacan que sirvieron de modelo á todos los otros. Era todo maciso, y estaba revestido de ladrillos cuadrados é iguales, y compuesto de cinco cuerpos casi de una misma altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los mas altos eran menores que los de abajo.»

«El primer cuerpo ó base del edificio tenia de Oriente á Poniente mas de cien varas, y como noventa y seis de Norte á Sur. El segundo tenia dos varas menos de largo y ancho que el primero. El tercero tenia otro tanto de menos, y los otros iban disminuyendo en las proporciones: de modo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó corredor abierto, por el cual podian andar tres y aun cuatro hombres de frente girando en torno del cuerpo superior.»

«Las escaleras, que estaban en el lado del Sur, eran de piedras grandes bien labradas, y tenian ciento catorce escalones cada uno del alto de un pié. No era una sola escalera, como la representan los autores de la *Historia general de los viages* y los editores mexicanos de las *Cartas de Cortes*, sino que habia tantas escaleras cuantos eran los cuerpos del edificio. Así es que subida la primera no se podia subir á la segunda, sin dar

una vuelta por el primer corredor en torno del segundo cuerpo, ni subida la segunda se podía llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor en rededor del tercer cuerpo, y así de los demas.»

«Sobre el quinto y último cuerpo habia una plataforma cuadrilonga, que llamaremos atrio superior, de mas de ochenta varas de largo, y sesenta y ocho de ancho, y estaba tan bien empedrada como el patio ó atrio inferior. En la estremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres á la altura de diez y ocho varas poco mas, cada una de las cuales estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base era propiamente el santuario, donde sobre un altar de piedra de cinco piés de alto estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopochtli y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los demas cuerpos servian para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes ó señores que por devocion particular lo habian dejado dispuesto así.»

«Los dos santuarios tenian la puerta al poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningun autor habla del adorno y disposicion interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puede asegurarse sin temor de errar es que la altura del edificio, sin las torres: no bajaba de treinta y ocho varas, y con ellas pasaba de cincuenta y seis. Desde aquella elevacion se alcanzava á ver la laguna, las ciudades que la rodeaban y una gran parte del valle, lo que formaba segun los testigos oculares la mas hermosa vista del mundo.»

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiato-

rios, como los llamaron con bastante propiedad los españoles. El sacrificio ordinario se hacia de esta manera. Cogian á la víctima seis sacerdotes, y teniéndola en el altar, que era una piedra verde convexa en la parte superior, de tres piés de alto, otro tanto de ancho, y cinco de largo, le aseguraban unos los piés, otros las manos y otro la cabeza, y el sacerdote principal, llamado Topiltzin, con un cuchillo de piedra muy agudo, le abria el pecho, le arrancaba el corazon, y todavía palpitante lo ofrecia al sol y lo arrojaba á los piés del ídolo. Si la víctima era algun prisionero de guerra, le cortaban despues de sacrificado la cabeza, que se quedaba allí para adorno de la muralla, y precipitaban al cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba á su casa para condimentarlo y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comian solo las piernas, los muslos y los brazos, y lo demas lo quemaban, ó lo destinaban para mantener las fieras de las casas reales. Entre los otomites parece que se comian todo el cuerpo, porque lo hacian pedazos, y estos se vendian en el mercado público.»

«El sacrificio gladiatorio era sumamente honorífico, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo una gran piedra redonda, mucho mayor que las de molino, de tres piés de alto, adornada con algunas figuras, llamada Temalacatl. Sobre esta piedra ponian al prisionero, armado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pié. Subia á lidiar con él un soldado mexicano, á quien daban mejores armas que al prisionero. Es fácil figurarse los esfuerzos que haria este infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario para no perder su reputacion militar delante del concurso innumerable que

presenciaba este bárbaro espectáculo. Si el prisionero quedaba vencido, acudía inmediatamente un sacerdote, llamado Chalchiutepehua, y muerto ó vivo lo llevaban al altar de los sacrificios ordinarios, donde le abría el pecho y le sacaba el corazón, y el vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero quedaba vencedor de su contrario, y de otros seis combatientes que sucesivamente subían á pelear con él, según el conquistador anónimo, se le concedía no solo la vida, sino la libertad y todo cuanto le habían quitado, y se volvía lleno de gloria á su patria. Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente quedaba libre el prisionero; mas no parece probable que á tan poca costa diésemos libertad á un guerrero que podía serles tan perjudicial por su valor. El mismo conquistador refiere que en una batalla que dieron los cholultecas á los huexutzincas fué hecho prisionero el jefe de los primeros, y que puesto en la piedra del sacrificio gladiatorio venció á los siete combatientes, sin embargo de lo cual le dieron la muerte los huexutzincas, previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan animoso; pero que este procedimiento fué visto con horror, y que quedaron infames á los ojos de las demás naciones, por haber contravenido á la costumbre general, que puede decirse era entre ellas un derecho de gentes. Los sacrificios variaban con respecto al número de las víctimas, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta; pero los más comunes eran los dos de que se ha hablado.»

En frente de las dos torres ó santuarios que coronaban el templo mayor había dos braceros ó estufas de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las pilas de agua bendita que vemos en nuestras iglesias, en donde se mantenía de día y de noche fuego perpetuo, que atizaban y conservaban los sacerdotes con la mayor

vigilancia, porque estaban persuadidos de que si llegaba á extinguirse sobrevendrían grandes castigos del cielo.

«En el espacio que mediaba entre el muro y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, había más de cuarenta templos menores consagrados á los otros dioses, varios colegios de sacerdotes, algunos seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros diversos edificios que por su singularidad conviene que se haga aquí mención de ellos, siendo de advertir que en cada uno de estos santuarios y edificios había en frente de las puertas braceros de igual tamaño y forma, y en número de más de seiscientos, los cuales formaban un vistoso espectáculo en las noches en que se encendían todos.»

«Entre los templos, los más considerables eran los de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcohuatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en su estructura y tenían la fachada vuelta al templo mayor, siendo así que los demás templos construidos en el resto de la ciudad la tenían hacia el poniente. El templo de Quetzalcohuatl era el único que se diferenciaba de los demás en la forma, porque siendo todos cuadrilongos, este era circular, y su puerta representaba la boca de una enorme serpiente de piedra con sus dientes. Muchos españoles, que por curiosidad entraron en él confesaron que se habían llenado de horror. Entre los otros templos había uno, llamado Ilhuicatitlau, dedicado al planeta Venus, y en el interior una gran columna en que estaba representada la imagen de este astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en el tiempo de su aparición.»

«Los colegios ó monasterios de sacerdotes eran cinco, y los seminarios de jóvenes tres: mas estos sin duda eran los principales, pues era excesivo el número de personas que allí vivían consagradas al servicio de los dioses.»

«Entre los edificios notables comprendidos en el recinto del templo, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, había otra cerca del templo Tezcacalli, ó casa de espejos, llamada así porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos.»

«Había otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la cual se retiraba el rey de México para hacer sus oraciones y ayunos.»

«También había una casa de retiro para el gran sacerdote, llamado Poyauhtlan, y otras para los particulares: un buen hospicio para alojar á los forasteros de distincion que iban por devocion á visitar el templo, ó á ver por curiosidad las grandezas de la corte: varios estanques para que se bañasen los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua que bebían. En el estanque llamado Tezcapan se bañaban muchos por voto particular que hacían á los dioses. Entre las fuentes había una llamada Texpalatl, cuya agua creían que era santa: bebíanla solamente en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla. Esta fuente, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo; y aunque se volvió á abrir el año de 1582 en la plazuela llamada entonces del Marqués, que hoy se llama del Empedradillo, cerca de la Catedral, no se sabe por qué causa la volvieron á cegar despues.»

«Había sitios para la cria de las aves que sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas aromáticas para el adorno de los altares, y un bosquecillo con representaciones artificiales de montes, peñascos y precipicios, y de allí salían á la caza general que hacían con grandes preparativos.»

«Tenían allí también estancias destinadas á guardar los ídolos, ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de

sus dioses, y entre ellas dos salas tan espaciosas que los españoles quedaron admirados al verlas. Pero los edificios más notables por su singularidad eran una gran cárcel á manera de jaula en que encerraban á los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban los cráneos de las víctimas, los cuales eran de dos maneras. Unos no contenían más que montones de huesos: más en otros las calaveras estaban curiosamente embutidas en las paredes, formando algunas figuras con simetría, aunque horribles á la vista, ó enfiladas en palos dispuestos con bastante orden. El mayor de estos edificios llamado Hueitzompan, aunque no estaba comprendido en el recinto del templo, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte más baja tenía ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Se subía á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban puestas perpendicularmente más de sesenta bigas muy altas, con muchos agujeros en toda su longitud, y separadas unas de otras por una distancia de cuatro pies. De los agujeros de una biga á los de otra había palos delgados atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos ensartados por las sienes. En los escalones había también un cráneo entre piedra y piedra. A más de esto se elevaban en las estremidades del edificio dos torres construidas solamente, según la apariencia que presentaban, de cráneos y cal, y cuando alguno se deterioraba cuidaban los sacerdotes de remplazarlo con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría.»

«Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de los tegumentos; pero cuando el sacrificado era persona de distincion se conservaba la cabeza con la piel y los cabellos, lo que hacía más horrorosos aquellos trofeos de su bárbara supersticion. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de

los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar solo los que habia en los escalones y entre las bigas, hallaron ciento treinta y seis mil.»

Los cuatro años que duró la construcción de este soberbio templo, no estuvieron ociosas las tropas mexicanas y estuvieron llevando continuamente la guerra á los pueblos de los Mazahuis, Zapotecas y algunos otros, reservando todos los prisioneros para los sacrificios de la dedicación del templo mayor. El P. Torquemada hace subir el número de las desgraciadas víctimas que se sacrificaron en esta horrible carnicería cubierta con el velo de la religión, á setenta y dos mil, trescientos cuarenta y cuatro: otros autores bajan el número á sesenta y cuatro mil, sesenta; y D. Carlos Bustamante prueba con varias razones que le parecen convincentes, que no pudo haberse sacrificado el excesivo número de víctimas que estos autores refieren. Puede ser que no halla exactitud en el número; pero algunos millares menos de víctimas, no pueden quitar á esta fiesta sangrienta la horrosa celebridad con que pasará hasta las generaciones más remotas.

Las fiestas consistieron principalmente en los sacrificios que se hicieron durante cuatro días no solo en el templo mayor sino en todos los templos ó teocallis de que estaba llena la gran Tenoxtitlan. Para presenciar esta solemne dedicación, habia venido gente de todos los pueblos del imperio y aun de las partes más remotas que algunos hacen subir á seis millones; y otros solo dicen que era una masa compacta desde Huitzilopochco (Churubusco) hasta Tepeyacac (Guadalupe.)

Aquel número prodigioso de prisioneros dedicados para este horrible sacrificio, estaba preparado en dos filas, cada una de milla y media de largo, que comenzando del templo, se extendían por las calzadas de Iztapalapan y Tacuba, concluyendo la primera en el lugar

que después se llamó La Candelaria Malcuitlapico, expresión que significa la cola ó estremidad de los prisioneros. Al despuntar el alba del día señalado para ejecutar tamaña barbaridad, comenzó la fiesta, cuya descripción hace Brasseur en estos términos.

«La comitiva real no tardó en ponerse en marcha á su vez. Ahuizotl habia hecho distribuir á todos sus convidados, trajes espléndidos y él mismo llevaba con orgullo las insignias de su potestad. El gran sacerdote se vistió con el traje de Huitzilopochtli, y otros sacrificadores según su gerarquía, con los de Tezcatlipoca, Quetzalcohuatl, Tlaloc y demás divinidades de Tenoxtitlan. Ramos y flores adornaban todos los teocallis y su aspecto no menos que los suaves perfumes que embalsamaban el aire matinal, hacían contraste con la horrible ceremonia que se preparaba. El monarca mexicano acompañado del cihuacohuatl ó primer ministro de su casa, subió el primero á la cima del gran templo y se sentó á un lado de la piedra de los sacrificios, en una silla esculpida de espantosas figuras; uno y otro tenían cortantes cuchillos en la mano. Nezahualpilli y Chimalpopoca, armados del mismo modo, se colocaron al lado de Huitznahuac. Seguíánle los sacerdotes revestidos con los arreos de las divinidades y ostentando la obsidiana en su diestra. Dividiéronse en dos grupos, colocándose los unos al lado al rededor de Ahuizotl y del cihuacohuatl, y los otros cerca de los reyes de Tezcoco y Tacuba á fin de ayudarlos en sus funciones de sacrificadores. El propio ceremonial tenia lugar á la misma hora en los principales templos de la ciudad y los señores más notables de la corte hacían en ellos, acompañados de los respectivos sacerdotes, el papel que Ahuizotl desempeñaba en el santuario del Dios de la guerra.»

“Cuando todo el mundo ocupó su puesto, dióse desde lo alto de las torres la señal convenida para proceder al

sacrificio. El teponaxtli hizo oír sus acentos lúgubres, á que respondieron desde luego el ronco tlapanhuehuetl y el penetrante ayotl, distinguiéndose á intervalos el sonido siniestro de las hojas metálicas y los sordos mugidos de los caracoles. Al compas salvaje de esta música iufernal, comenzaron los cautivos á subir las escaleras del teocalli, llevaban sus vestidos de fiesta y adornada la cabeza con plumas. A medida que llegaban á la plataforma, cuatro ministros del templo, pintadas de negro las caras y las manos de rojo, se apoderaban de la víctima y la estendian en la piedra, á los piés del trono. Ahuizotl se prosternaba en tierra, volviendo el rostro á los cuatro vientos, abria al prisionero el pecho, arrancábale el corazon que presentaba palpitante hácia los cuatro lados y lo entregaban en seguida á los sacrificadores, quienes lo arrojaban al *quauhxicalli*, especie de pozo profundo, terminando el acto con sacudir hácia los cuatro puntos cardinales la sangre que les quedaba en las manos."

"Despues de haber inmolado así multitud de víctimas, Ahuizotl, ya cansado, presentó su cuchillo al gran sacerdote de Huitzilopochtli, quien á su vez lo pasó á Quetzalcohuatl y á los demas. Otros sacerdotes ocuparon sucesivamente el puesto del Cihuacohual y de los reyes de Tezcoco y Tlacopan. Segun las tradiciones contemporáneas, la sangre corria á lo largo de las escaleras del templo como el agua durante las tempestuosas lluvias del invierno, y habriáse dicho que los ministros estaban vestidos de rojo. Tan horrible hecatombe, duró cuatro dias cabales; los corazones de que estaba lleno el pozo ó zanja, y la sangre que inundaba toda la ciudad comenzaban á corromperse, al extremo de que el hedor que exhalaban, en union de los cadáveres, se hacia sentir hasta los suburbios. Los reyes y embajadores extranjeros asistieron á estas atrocidades desde lo alto del

templo de Cihuatecpan, cuya elevacion permitiales abrazar con la vista el conjunto de las ceremonias y partieron llenos de espanto; pero Ahuizotl á la despedida, les hizo riquísimos regalos, y si al volver á sus respectivos países, difundieron el terror de su nombre, llevaron igualmente, el recuerdo de su magnificencia."

¡La sangre se hiela al tener que describir las particularidades de un culto tan atrosamente bárbaro, dado por este pueblo endurecido á sus sangrientas divinidades! y la pluma se resistiera á consignar tan espantosas escenas, si no constaran estas por el testimonio unánime de todos los historiadores. Pero ¿por qué la historia consigna con su buril de fuego esta inaudita crueldad, así como otros enormes crímenes y aberraciones del extravío del espíritu humano? No por otro motivo sin duda, que para dejar á las generaciones que sucesivamente se vienen levantando como la yerva de los prados, una demostracion indubitable de la insuficiencia de su corazon para seguir por sí solo el verdadero camino de la felicidad: ella doblegada á la fuerza brutal de las pasiones, caminará de abismo en abismo, cargándose con el enorme peso de su degradacion, hasta quedar postrada en el inmundo cenegal de su espantosa corrupcion; y solo tendrá la cabal conciencia de su dignidad y fuerza bastante para desembarazarse de los estorbos de sus desenfrenados apetitos, cuando su inteligencia esté alumbrada por la luz infable de la revelacion y fortalecidas sus acciones con la moral de la admirable doctrina que recibió su sello en el sacrificio infinito del Calvario. Fuera de esta fé y de esta moral, para el individuo no hay mas del caos: para las sociedades, la corrupcion, el decaimiento y una vergonzosa ruina.